

desarrollar importantes aplicaciones concretas de ese espíritu contemplativo vivido en el mundo: la caridad y el apostolado, con una atención especial a la familia, el dolor y el sacrificio, la realidad de la muerte, etc.

El último capítulo, dedicado a Jesucristo mismo, a su presencia eucarística y a su Madre, podía haber sido también uno de los primeros, como fundamento junto a la filiación divina. Esta otra opción, dado el carácter del libro, me parece acertada, pues permite, por decirlo así, cerrar muy bien el círculo: volver a los fundamentos desde otra perspectiva, y afianzar la orientación principal de todo el conjunto: aprender a hacer oración con la hondura y viveza que siempre mostró, en su enseñanza oral y escrita, y en su vida, uno de los santos más grandes de la Iglesia contemporánea: san Josemaría Escrivá de Balaguer.

Javier Sesé

Alejandro LLANO CIFUENTES, *Segunda navegación: memorias 2*, Madrid, Encuentro, 2010, 424 pp.

La segunda entrega de las memorias de A. Llano recoge, en palabras de su autor, no un recorrido hecho de «pacíficas inercias», sino de «discontinuidades rompedoras». La lectura siempre amena de sus páginas intercala el relato de vivencias personales con las iniciativas de tipo cultural de un modo u otro alentadas por Llano desde que dejó el rectorado de la Universidad de Navarra en octubre de 1996.

Sin embargo, los capítulos que conforman el libro no siguen un estricto orden cronológico, sino el tiempo de la memoria: los recuerdos –ese «tejido del ser», según la atinada expresión de Iris Murdoch– se entretajan con sucesos de su infancia o de momentos anteriores a 1996, en asociaciones significativas, con las que Llano arroja luz sobre el decurso de su propia vida, sin adoptar en ningún momento la postura del autor omnisciente, que supiera a ciencia cierta el significado global de la historia, o la relevancia concreta de todos sus detalles.

Las certezas, sobrenaturales y humanas, que sin duda están presentes en su vida, aflorando explícitamente en distintos momentos del relato, ni suplen lo fragmentario de la narración ni le han impedido lidiar con la contingencia de las circunstancias, sino que, más bien, han configurado su mundo interior, confiriéndole la libertad necesaria para moverse con flexibilidad en contextos cambiantes, el impulso preciso para poner en marcha iniciativas, con suerte desigual, pero en todo caso expresivas de un modo de estar en el mundo, comprometido y esperanzado al mismo tiempo.

Como cabía esperar, las páginas de estas memorias, entreveradas con recuerdos familiares –la mujer fuerte que fue su madre, la saga de sus hermanos, otros recuerdos de la tata, etc.– rezuman ese profundo sentido de la vida universitaria, que ha alimentado siempre sus intervenciones en otros contextos. Agradecido a sus mentores, maestros y amigos, Llano recuenta su propio itinerario vital e intelectual al hilo de conver-

saciones con ellos, con especial referencia a Florentino Pérez Embid, Antonio Millán Puelles y, sobre todo, Fernando Inciarte, mostrando, entretanto, dónde se ha fraguado su personalidad de filósofo. Arrastrando desde pequeño su condición de *letraherido*, Llano se define como profesor de filosofía –como a todo filósofo genuino, considera que el nombre de filósofo le viene grande–, entregado a su vocación docente; pero humanamente, gusta de presentarse, al igual que Borges, como defensor de las causas perdidas, pues las otras –repite– no necesitan quien las defienda. En esta línea debe entenderse su persistente defensa de las humanidades, así como su reivindicación del mundo de la vida frente a la tecno-estructura, que en los años ochenta le condujo a apuntar el fenómeno del voluntariado como alternativa al monopolio del espacio público por el Estado-Mercado. Este mismo espíritu le mueve todavía hoy a confiar en la renovación de la vida universitaria a pesar del mortífero proceso en el que se halla inmersa, y del que la reforma de Bolonia es un síntoma preocupante.

Testigo reflexivo de la época que le ha tocado vivir –de la transición política española, del desencanto tras los primeros años de democracia, y del advenimiento de la crisis que actualmente padecemos–, encuadra sus opiniones políticas dentro de lo que llama *socialdemocracia*, denominación que, según hace notar, no se ajusta a ninguno de los dos discursos dominantes. Llano, en efecto, reprocha a la derecha su falta de ideas, más allá de la defensa de la unidad de España y del libre mercado; pero, por otro, reprocha a la izquierda su sectarismo ideológico y su tendencia a traducir en clave estatalista la primacía de la vida social. Tal vez comparece aquí el heredero del 68, inconformista con el sistema; o tal vez, el lector de Aristóteles, Arendt, Tocqueville, o Pocock, pero, sobre todo, comparece el cristiano que sigue sin encontrar, en las ofertas convencionales, una forma de convivencia política que no desmerezca de la libertad cristiana.

Miguel Lluch

Vittorio MESSORI, *Perchè credo: una vita per rendere ragione della fede*, Casale Monferrato, Piemme, 2008, 429 pp. = *Por qué creo: una vida para dar razón de la fe* Madrid, LibrosLibres, 2009, 364 pp.

«Di solito si fanno buoni propositi di cambiare vita. Io non la cambiai. Mi fu cambiata». Con questa schiettezza Messori offre la testimonianza di una vicenda che coinvolgerà, di molto, il suo promettente futuro professionale. Dopo quasi mezzo secolo di lavoro, e milioni di copie vendute nel mondo, il più noto giornalista della stampa cattolica italiana permette ai suoi lettori di costatare direttamente quanto la concretezza di Cristo sia intervenuta nella sua vita, e con la freschezza di una confidenza racconta della sua passività esistenziale nell' «Incontro» – solo così osa chiamarlo – che lo cambierà completamente. Un evento inaspettato, la lettura casuale del Vangelo nell'estate del 1964, fu, à la Frossard, un colpo secco della Provvidenza: «fu